

Buenas y malas memorias (1/3)

Dr. Justo L. González



Conferencia de Río Grande
1994

Buenas y malas memorias (1 de 3)

Dos textos: Juan 8:31-33; 1 Corintos 11:23-26

Juan 8:31-33 (RVR 1960)

Dijo entonces Jesús a los judíos que habían creído en él: Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres. Le respondieron: Linaje de Abraham somos, y jamás hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo dices tú: Seréis libres?

1 Corintos 11:23-26 (RVR 1960)

Porque yo recibí del Señor lo que también os he enseñado: Que el Señor Jesús, la noche que fue entregado, tomó pan; y habiendo dado gracias, lo partió, y dijo: Tomad, comed; esto es mi cuerpo que por vosotros es partido; haced esto en memoria de mí. Asimismo tomó también la copa, después de haber cenado, diciendo: Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre; haced esto todas las veces que la bebiereis, en memoria de mí. Así, pues, todas las veces que comiereis este pan, y bebiereis esta copa, la muerte del Señor anunciáis hasta que él venga.

«El Señor Jesús, la noche en que fue entregado».

Era la cena pascual, la noche de la gran fiesta de Israel. Fiesta de la gran liberación del yugo de Egipto. Fiesta de todas las liberaciones que el pueblo había conocido por el brazo prepotente de Yahvé. Noche de hacer memoria, de recordar al Señor que abrió camino a través del mar para un pueblo oprimido, e hizo calzada en el desierto para un pueblo en el exilio. Noche en que todo el pueblo se reunía para hacer memoria, como Moisés lo había mandado repetidamente. Para percatarnos de ello, basta con una rápida lectura del libro de Deuteronomio:

Dt. 5:15: «Acuérdate que fuiste siervo en tierra de Egipto, y que Jehová tu Dios te sacó de allá con mano fuerte y brazo extendido».

Dt. 7:18: «Acuérdate bien de lo que hizo Jehová tu Dios con Faraón y con todo Egipto».

Dt. 8:2: «Y te acordarás de todo el camino por donde te ha traído Jehová tu Dios estos cuarenta años en el desierto, para afligirte, para probarte, para saber lo que había en tu corazón, si habías de guardar o no sus mandamientos».

Dt. 15:15: «Y te acordarás de que fuiste siervo en la tierra de Egipto, y que Jehová tu Dios te rescató».

Dt. 32:7: «Acuérdate de los tiempos antiguos, Considera los años de muchas generaciones; Pregunta a tu padre, y él te declarará; A tus ancianos, y ellos te dirán».

Ahora es la noche de la celebración de la Pascua. Para celebrar esa historia de lo que Dios ha hecho con Israel, Jerusalén se viste de gala. Cien mil peregrinos acuden a ella. En el Templo, en medio de gran pompa, se celebran los sacrificios rituales, y se rocía el altar con sangre. Son las fiestas patrias, un cuatro de julio jerosolimitano.

Pero no todos tienen la misma visión. En un aposento alto, quizá no muy lejos del Templo, hay un puñado de galileos. Los galileos—todos los galileos—son despreciados por los de Jerusalén. Se les considera gente rústica y sin cultura. Se dice que no son tan buenos judíos como los de Jerusalén. Que no guardan la ley con el mismo ahínco que los de Jerusalén. Que no hablan la lengua de Israel tan bien como los verdaderos judíos de Jerusalén. Que tienen un acento extraño. Se les desprecia; se les humilla; se les explota. Cuando vienen a Jerusalén, se les hace sentir que son gente de segunda clase.

Y ahora, allí en aquel aposento alto, un puñado de galileos se reúne con su maestro, también galileo, para celebrar los mismos hechos que se celebran en el Templo y en el palacio de Herodes.

Los mismos hechos, pero no la misma memoria. Porque esa misma historia no la leen de igual modo los poderosos de Jerusalén que los humildes de Galilea.

Algún tiempo antes, según cuenta el Evangelio de Juan, el Maestro galileo del Aposento Alto había dicho «conoceréis la verdad, y la verdad os libertará». Palabras que resumían toda la historia y la esperanza toda del pueblo de Israel, pues era la verdad, la verdad de Jehová, la que les había librado del yugo de Egipto, la verdad de Jehová la que les había dado victoria sobre los opresores filisteos y amorreos, la verdad de Jehová la que les había traído de vuelta del exilio en Babilonia.

Pero algunos de entre ellos, probablemente algunos de esos mismos que ahora celebraban su libertad en el Templo con tanta algarabía, le contestaron:

Linaje de Abraham somos, y jamás hemos sido esclavos de nadie.
¿Cómo dices tú, “seréis libres”?

«Jamás hemos sido esclavos de nadie». ¿De veras? Y, ¿qué me dicen de la esclavitud en Egipto, cuando tuvieron que hacer ladrillos para casas ajenas? ¿De veras? Y, ¿qué me dicen del exilio en Babilonia, cuando tuvieron que cantar los himnos de Jerusalén en tierra extraña? ¿De veras? Y, ¿qué me dicen de cuando fueron conquistados por los filisteos, y por los amorreos, y mucho después por los sirios, y últimamente por los romanos?

Parece que estos judíos han perdido la memoria, o al menos que solamente se acuerdan de lo que les conviene: «Linaje de Abraham somos, y jamás hemos sido esclavos de nadie». Tienen una memoria selectiva, que les permite recordar que son hijos de Abraham, y al mismo tiempo olvidar que son hijos de la esclavitud en Egipto y del exilio en Babilonia.

Pero lo trágico de esa memoria selectiva es que les lleva también a olvidar las más gloriosas intervenciones de Dios a su favor. Un pueblo que se olvida del Éxodo, un pueblo que no quiere recordar que fue oprimido por los reyes de la tierra, no puede ya cantar con el salmista:

Alabad a Jehová, porque es bueno...
Al que hirió a Egipto en sus primogénitos
Al que sacó a Israel de en medio de ellos
Con mano fuerte, y brazo extendido,
Al que dividió el Mar Rojo en partes,
E hizo pasar a Israel en medio de él,
Y arrojó a Faraón y a su ejército en el Mar Rojo,

Al que pastoreó a su pueblo por el desierto. [Sal. 136. 1,10-20]

Un pueblo que se olvida del exilio en Babilonia no puede ya cantar al Dios que abre calzada en la soledad, al Dios que hace que el desierto reverdezca, para que el pueblo retorne gozoso de su triste exilio.

La memoria puede engañar, sí. Pero ese engaño de la memoria no es fortuito. Es un engaño con agenda. Muchas veces lo que olvidamos y lo que recordamos es lo que nos conviene, lo que nos gusta, lo que no nos reta.

Cuando aquellos judíos le dicen a Jesús, «Linaje de Abraham somos, y jamás hemos sido esclavos de nadie», su extraña y olvidadiza memoria tiene también su agenda. Lo que les preocupaba no era lo que pasó en Egipto en tiempos de Moisés, ni en Babilonia en tiempos del exilio. Lo que les preocupaba era lo que estaba sucediendo en sus propios días. Palestina, la tierra prometida por Dios, había sido conquistada por Roma. La poca libertad de que gozaba era en extremo precaria. Los sentimientos nacionalistas bullían bajo la superficie, y las autoridades romanas lo sabían. Unos pocos años después de esta conversación de Jesús, los judíos se alzarían en armas, y en represalia contra ello el Templo sería destruido.

En tal situación, prometer libertad, o escuchar a quien la prometiera, era cosa peligrosa. Jesús no estaba hablando de una rebelión contra Roma. Pero así y todo, el mero hecho de anunciar

libertad implicaba que no la había. Escucharle, y aceptar lo que decía, podría traer problemas. Es por ello que estos judíos se olvidan de su propia historia, y hasta de su realidad presente, y dicen, «Linaje de Abraham somos, y jamás hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo dices tú, “seréis libres”?».

Lo trágico está en que sin admitir su propia esclavitud, su necesidad de libertad, no pueden conocer la verdad, ni pueden ser libres. Jesús les ofrece la Libertad radical que se basa en el conocimiento de la Verdad, en el conocimiento de Jesús mismo. Pero ellos, por no reconocer su propia verdad, su propia situación de servidumbre tanto externa como interna, tampoco pueden reconocer la Verdad, con letra mayúscula, ni recibir la Libertad, también con letra mayúscula, que Jesús les ofrece.

Ahora, nos dice el texto bíblico, ha llegado la noche de la gran celebración. En un aposento alto, en Jerusalén, el centro mismo de la historia oficial, se reúne aquel puñado de galileos a quienes la historia oficial excluye. Son gente de segunda clase. La memoria de la Gran Liberación ha quedado bajo el control de los que dominan el Templo, de los que se sientan con Herodes, de los que se atreven a decir «jamás hemos sido esclavos de nadie».

Para aquellos galileos, era una noche oscura. Oscuridad de tristeza: «mi alma está muy triste, hasta la muerte». Oscuridad de angustia: «Padre, si quieres, pasa de mí esta copa». Oscuridad de traición: «Uno de vosotros me ha de entregar». Oscuridad de dudas: «¿seré yo, Señor?»

Oscuridad de desengaños: «antes que el gallo cante, me negarás tres veces».

Y en medio de la oscuridad de esa noche triste, el Maestro de Galilea tomó pan. Pan, el más común de los alimentos. Pan, posiblemente despreciado por quienes en los grandes palacios se deleitaban con exquisitos manjares. Pan de trigo cultivado en campos galileos, con sudor galileo. Pan, como esa lechuga que cultiva nuestro pueblo encorvado, y que luego se usa de adorno en los banquetes elegantes.

Y tomó vino. Vino como el que se usaba para embriaguez en las orgías de Herodes. Vino de uvas cultivadas y prensadas en sangre galilea. Vino de alegría y vino de dolor—como esos vinos de California que se venden tan baratos y que tanto han costado.

En la noche en que fue entregado, el Señor galileo tomó pan y tomó vino, y de ese pan y de ese vino hizo su respuesta y su reto a la oscuridad de aquella noche, y a las oscuridades de todas nuestras noches: «Haced esto en memoria de mí».

Existía en Jerusalén otra memoria: la memoria de los principales del Templo y de los que festejaban en palacios; la memoria de los jefes religiosos; la memoria de los que decían: «nunca hemos sido esclavos de nadie». La memoria de quienes explotaban a los galileos, y luego se preguntaban, «¿Podrá acaso venir algo bueno de Galilea?». Memoria de quienes decían celebrar el éxodo, pero hacían las veces de Faraón. La memoria de quienes se conjuraban para

aplastar al molesto maestro de Galilea.

Y frente a esa memoria, con todos sus poderes y todo su aparato, «el Señor Jesús, la noche que fue entregado, tomó pan; y habiendo dado gracias, lo partió, y dijo: “Tomad, comed; esto es mi cuerpo que por vosotros es partido; haced esto en memoria de mí”. Asimismo tomó también la copa, después de haber cenado, diciendo, “Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre; haced esto, todas las veces que la bebiereis, en memoria de mí”».

Han pasado los siglos, y una vez más, como en aquel aposento alto, nos reunimos los discípulos del Maestro de Galilea. Una vez más, hay dos memorias. Hay una memoria que se celebra en los medios de comunicación, en los discursos patrióticos, en las recámaras palaciegas, y en las cámaras del gobierno. Es la memoria de quienes se olvidan que ésta es tierra de inmigrantes; tierra en la que todos somos igualmente extranjeros; tierra que, como diría la ley de Moisés, le pertenece únicamente a Dios. Es la memoria de los que piensan que una Conferencia Anual como la nuestra, con pocos recursos económicos, con tradiciones culturales distintas a las de la cultura dominante, no puede subsistir. Es la memoria de quienes piensan que el poder de Dios es lo mismo que el poder humano; que donde hay poder y prestigio social, allí está Dios. Es la memoria que mejor se celebra en banquetes suntuosos con mucha pompa y mucho ruido.

Y hay también otra memoria. La memoria de Alejo Hernández y de Epigmenio Velasco. La memoria de Josué González y de Ted Grout. La memoria de tantos y tantos, de tantas y tantas,

que predicaron en los desiertos de nuestros campos y nuestras colonias, y que con su predicación abrieron calzada al Señor. La memoria de padres y madres, de abuelos y abuelas, que se criaron descalzos, que apenas tuvieron dónde recostar su cabeza, que anduvieron de acá para allá, pobres, angustiados, maltratados, de los cuales el mundo no era digno, pero que nos legaron la enorme riqueza del Evangelio.

Y hay sobre todo la memoria del Maestro de Galilea, despreciado y desechado de los humanos, varón de dolores, pero Rey de Reyes y Señor de Señores. Memoria que el mundo no aprecia. Memoria que el mundo prefiere olvidar. Pero memoria de vida. Memoria que ilumina el futuro. Memoria que perdura hasta la eternidad.

Y así ahora también nosotros, como aquellos discípulos de Galilea, aun en medio de nuestras más oscuras noches, hacemos memoria. Memoria de él, que es también memoria de su presencia en nuestros éxodos y nuestros exilios. Memoria de él, que es también memoria de su promesa. Memoria del futuro que nos asegura el cumplimiento de sus promesas. Porque todas las veces que comemos este pan y bebemos esta copa, la muerte del Señor anunciamos, hasta que él venga. Amén. Así sea. Ven, Señor Jesús.